

MARIANO
TORRENT

DETRÁS DEL INFINITO
ESTÁ LA VIDA

**Vientos de
primera edición**

Poesía innecesaria

Esta es una poesía innecesaria, donde la
imprudencia cae como una guillotina, y la
desesperación se arremanga hasta los codos.

Sin notificaciones de las que alardear,
saltando semáforos en rojo, con arrugas de
cansancio en las comisuras de la autosuficiencia.

Sin plutonio goteando de las estrellas, azulejos
decorados con eufemismos ni hipocondría arrugada;
con un relincho encastado, ocasional y bien cultivado.

Sin la ropa en la maleta de un rechazo
que nunca supo elegir entre pasillo y ventanilla,
con una serenata de arlequines melancólicos.

Sin el lagrimón del marinero ni la oración
del ferretero, sin el hielo de una copa
inexplorada, sin un destino de ingenuidades amarillas.

Sin gargantas reseca ni huesos agarrotados, sin
lustradores de volantes de autos ajenos, sin suciedad
almacenada por el tiempo en alfombras entumecidas.

Sin concatenación de viñetas a punto de entrevistarse
con la trituradora de papel, ni el sistema filosófico
que se agita en el interior de una apariencia.

Sin sonámbulos fugitivos ni pormenores con
marcas de acné, con un entendimiento subliminal
ocultando las manos mojadas del orgullo horizontal.

Con un dulce delirio envuelto para regalo, con
una indiferencia de aspecto andrajoso ante libros
repletos de sudor, con efervescencia pasteurizada.

Con días que se extinguen dejando a su paso
una exhibición de cicatrices de cuadrilátero, y una
escoba que barre los últimos restos de claridad.

Sin la paralingüística de los condenados a jugar al
truco con un mazo sin ancho de espadas, ni hologramas
congelados en el prólogo de la insurrección.

Sin insignificancias grisáceas de por medio, sin aroma
a comida caliente estimulando narices importadas,
sin caóticos idiolectos ni adornos de espirales.

Sin blancas servilletas apiladas ni tazas de
inmaculada porcelana a la espera de amantes
que confunden la hora de la cita.

Con sombras robustas trepando los muros de los
edificios, con malicias que suben por escalones
de piedra carraspeando sus segundas intenciones.

Sin pretensiones historicistas ni adolescentes
ensimismados en sus tablets, sin tratados sobre
el momento óptimo para acariciar una oreja.

Sin filantropía como catarsis, sin lágrimas como
renuncia, sin la disidencia como residencia, sin
declinar ante consignas sin señas de identidad.

Sin apologistas de la desdicha, sin desvaídas
respuestas a preguntas de brazos extendidos,
sin sucesivas capas de apocalipsis descarriados.

Sin tornados ni terremotos, sin bajarle la
palanca a la autodestrucción, sin juegos de adivinanzas,
sin coloreadas litografías, sin falsas expectativas.

Después de preguntarme por quinta vez en
el día - sin obtener respuestas satisfactorias - qué tiene
de equitativa la picardía de lo
irreductible, debo rectificar sobre la marcha
y ofrecer con indómita humildad esta inferencia:

La única poesía verdaderamente innecesaria es
la que no molesta a nadie.

Nos hundimos

Nos hundimos en aguas autoritarias, transgresores
mordiéndose la cola, activistas de sofá,
acariciando la piel áspera de una
malicia ambigua, en la fraternidad de
los que esperan hace décadas un zumbido
que sabemos que no va a llegar.

Nos hundimos saludando con un sombrero
ajeno y deshilachado, sonriendo por la
sublevación de decisiones erróneas, tan propias como
inalienables, en la carencia de aguaceros, en
las canciones que se desangran, en una
jurisdicción de ortigas que no duermen.

Nos hundimos en el aullido de las bocas que
se extinguen detrás de ruegos impecablemente
prohibidos, en una larga cadena de imprevistos
que llevan bastante tiempo sin renovarse,
desarmando amapolas y sonrisas, voluntarios
de lo arbitrario, paladines de jardines y barricadas.

Nos hundimos en el extracto de
un informe que huele a balas
y estampidas, demasiado ocupados discutiendo
como para tener tiempo de entendernos,
vástagos de una devaluación sin plebiscitos,
acariciando el mentón de la condescendencia.

Nos hundimos en un entramado de escaleras
mecánicas que solo llevan hacia abajo, junto
a dementes gritando en un lodazal de
basura, buscando virtudes adicionales a un
vendaval de lluvia ácida, sin gestos extemporáneos,
eximidos de la ostentación de ser felices.

Nos hundimos esperando avistar la isla del
decoro, ocultos en las trincheras, aguardando
un futuro sin los dicitos de los sátrapas
de siempre, sin arrancar de cuajo el
alfabeto de la costumbre, huérfanos de apocalipsis
sin arrugas, académicos de entimemas desordenados.

Nos hundimos desheredados de medianoches recién
nacidas, cultivando adoquines insensatos, disparando
exabruptos solteros, aceptando un gruñido en parte
de pago, cómplices de voces bohemias,
copilotos del disparate, depredadores de lo
irrompible, cortando lo invisible en rebanadas.

Nos hundimos cosificados y masificados, filosofando en inglés y con bronceado envidiable, bajo un cielo de solemnidades, influyentemente estancados, perversamente multipartidistas, con el coraje evaporándose y las proteínas necesarias para creer que toda explotación es ineludible.

Niños con enojos aleatorios disculpándose antes de romper el vidrio, hampones durmiendo con un oso de peluche entre las manos, compungidos por demasiadas cosas con sabor a hecatombe exquisita y biografías ensambladas, suponiendo que en cualquier susurro revolotean conspiraciones.

Nos hundimos con la corrección política de quienes han entendido, en base a tropiezos, que si existiera la sobredosis de estupidez ya estaríamos muertos y enterrados...

¡Despertemos!

¡Despertemos! Que ya es de día, y aunque esté demorada la entrega de las caricias esperadas, también podemos ser de nuevo niños temblando al subirse por vez primera a su bicicleta con rueditas.

Hay un camino de piedras transparentes que recorrer, aunque hayamos agotado el saldo, el olfato y las vacaciones. Entre el doble click, lo cool y los likes aguarda un autobús saturado y sin desinfectar.

La vida es joven aún. ¿Encantadora? Cuestión de perspectiva y de estar en el lugar justo para fotografiar pretensiones. La furia con que araña tu mejilla deja paso a la dulzura con la que plancha tu camisa.

La forma más utópica de vivir no es otra que abocarse a la realidad. Y hacia ella iremos. ¿El objetivo de mínima? No desangrarnos en lo ambiguo. Que el “no puedo” sea anacrónico y el “no quiero” relativo.

Es como me enseñó aquella vez ese ladrido entre bastidores: incluso la sonrisa más distante deja las puertas abiertas al mismo tiempo en que la suerte se desquita concediendo lo que deseas.

Olvidemos ese tiempo en que todas las decisiones
desembocaban en una pista de atletismo sin retorno,
y los resplandores se ahogaban en un llanto
financiado por la propina más perversa del destino.

¡Acompañemos la resaca del vendedor ambulante
borracho! Y prestemos atención, que escucharemos el
hipo de una historia que no está escrita y
que depende del color de la tinta que elijamos.

Y si la Tierra deja de girar, ¡Lanza un eructo
barítono y verás cómo la noche saca los mejores
trucos de su bolsa! Es hora de que aprendas a
hacer un uso correcto de tus instantes de estupidez.

Abandona por un rato el ritual de las estériles
discusiones y notarás que la luz hace resplandecer
sonrisas beodas. Que tu mente te conduzca
a imaginarte jugando a la rayuela en Neptuno.

Que nadie te proteja de tu valentía y verás que tu
caligrafía se volverá perfecta cuando tartamudees.
Hasta tendrás la primicia que fuera de tu habitación
sigue existiendo un mundo con sol y autos de colores.

Recuperemos el olvido. Hagámoslo nuestro. Pongamos
los restos de deseo en una bolsa desfondada.
Escribamos cuatro elementos de la tabla periódica en
las ojeras. Hagamos las paces con la memoria.

Si te ha quedado atragantado un grito púrpura, ponlo
en manos de una bestia que guste de posar
su mirada en el mar, y verás lo hermoso
que es liberar palomas y dejar escapar las fatigas.

Arrojemos pétalos sobre el barro y margaritas a los
tercos, hagamos grandes planes para detalles
pequeños, que se demore la melancolía, que se
evidencien los anhelos, que se amansen los airados.

Y si un día terminan las tardecitas de cine en ciudades
de puños cerrados y relojes que ya no funcionan,
habrá que aprender a andar libre en medio de las
tormentas como un perro orinando los neumáticos...

Madame Caprichitos

Ayer por la mañana Madame Caprichitos comenzó tímidamente a armar una lista de antojos por cumplir, que pudo tachar completa incluso antes de terminar de redactarla.

Dice la leyenda que pegó con cinta adhesiva en la puerta de su habitación un letrero que dice “estoy pero no estoy”. Nunca hizo las paces con las ironías que no provinieron de sus labios.

Se entrega a un empecinamiento sin experiencia previa convidando silencios apenas digeribles, mientras se repite que tener esperanza no es otra cosa que condimentar el derrotismo con la estulticia.

No es fácil hacer equilibrio sobre un desvarío que se levanta de mal humor. Escribe en el chat grupal más rápido de lo que piensa, y a veces lo termina lamentando.

El aroma del mundo le susurra un exceso de desamparo, y si alguien le hace notar que habita lo invariable, lo justifica reivindicando asfixias luminosas.

Cuando se instala en la antesala de
una excusa en plena combustión espontánea
prefiere abstenerse de recorrer los puntos
cardinales de lo que está por venir.

Los que opinan de ella desde afuera
parecen no comprender que una tristeza de seda
sigue siendo una tristeza, y que los escalofríos
desproporcionados se especializan en reincidir.

Madame Caprichitos intenta vadear, como puede, esa
edad en donde el futuro no deja de ser un lejano
cálculo teórico. Se intuye en medio de la niebla como
exiliada de un destino con el que nunca se amigó.

Los años van a enseñarle a Madame Caprichitos
que entre el presente y el pasado persiste
la infraestructura de lo anecdótico, y que hay
obsesiones absurdas debajo del nivel del mar que
pasan a ser conmovedoras después del segundo trago.

Pese a que su madre mil veces le ha
ordenado que baje el volumen de la música,
en su playlist de Spotify se alternan y
retumban Wos, Dua Lipa, Agapornis y Karol G.

Pero lo que nadie advierte es que
cuando se queda a solas consigo misma
sus lágrimas, muy bien logradas, descienden
alternando los colores de un arco iris en 4K.

Y es que la más deseada de
su curso solo espera a aquel
que bese cada una de sus heridas,
y prometa tachar besos y condenas.

Ya llegarán noches de primavera, emperatrices
de los encuentros más fortuitos, y
vientos que se levanten sin que
nadie venga a hablarles de propósitos.

El recuerdo de una cosquilla preadolescente
aprisionada en la trastienda del exilio de su
alma sabe bien que hay un asiento
libre muy al fondo de su buena voluntad.

Encandilada, camina por jardines transparentes
remolcando un insomnio deshabitado, como una
película proyectada sobre un vidrio, queriendo
sorber migajas de un infinito sin luz.

Madame Caprichitos habita en una casa de ocho
dormitorios, cuatro baños, pileta de fibra de seis
metros cuadrados, y sin embargo nunca tuvo otro
sitio para volver, más que a sí misma.

Los años van a enseñarle a Madame Caprichitos
que hasta el más hermético de los pesares es
sobornable recibida la oferta satisfactoria, y que no
todas las hojas son del viento desde que
los malos pensamientos apedrean a los pájaros azules.

Nada puede malir sal

Nada puede malir sal si a los agrotóxicos los llamamos productos fitosanitarios, si escondemos los desastres debajo de la alfombra de la estadística.

Si todos los ordenadores tienen virus, y usamos el estetoscopio de boleadora, si anuncian a diario el Armagedón con sonrisa deslumbrante.

Si garabateamos las obras de arte, si el mayor lujo cotidiano es fruncir el entrecejo, si el postre es litio con fluvoxamina.

Si somos un hedge fund administrado por hámsters con filosofía de gánsters, si bajo la manga guardamos el 4 de bastos.

Si se escucha de fondo el ranking de una FM presentando el penúltimo eslabón en la destrucción de los recursos intelectuales.

Si soñamos sueños de segunda mano, si desmalezamos las agujas de un reloj siempre atrasado, si los espejos benévolos fueron reemplazados por los indiferentes.

Si arrendamos torbellinos y coleccionamos vientos de primera edición, si desinfectamos el odio con el mejor semblante que podemos ostentar.

Si nos resignamos a votar al que sospechamos menos malo y continuamos sin saber qué nombre ponerle al despecho que arrebató el sueño al ambicioso.

Si cuando la impotencia manda la resignación obedece; si planeamos ser dueños de nuestras decisiones y terminamos siendo súbditos de nuestros errores.

Si la ley licita su amistad a cualquiera que desee sobornarla, si las sirenas de los barcos anuncian que el ocaso llega con la lengua afuera.

Si se juega para perder, y bostezamos con grandes aspavientos para subrayar la abulia ante una actividad comercial con reglas firmadas con sangre.

Si la publicidad ofrece a algunos lo que niega a otros, si se vuelven pequeños los grandes amores, si quien no corre detrás de ciertos estándares simula existir.

Si se enluta la luz, y ningún acontecimiento importa demasiado, si ha nacido destinado al olvido cuando lo permita la ocasión.

Si el futuro viaja a la deriva y fugitivo, y el sol parece nacer muerto cada mañana, si la quinta pata del gato es un recurso judicial.

Si alimentamos con leche negra una cadena de injusticias tristemente consentidas, donde la clemencia con el vencido ya no suele practicarse.

Si hasta la más pequeña de las ciudades es un supermercado a gran escala, si cada momento es bueno para andar pidiendo prestado errores.

Si al sonido de la libertad lo tapan sirenas de ambulancias, si somos hormigas disimulando las ojeras, si el miedo manda y el coraje mira para otro lado.

Si hoy nadie hace su vida... La compra por ahí, y le cuesta cara... Si cuidamos con esmero el recibo que dejan los bofetones simultáneos.

Si la displicencia, mezquinamente lúcida, se sigue apilando, y no hay mayordomo de modales delicados y angustias impagas que la venga a ordenar.

Consumo, luego existo.

Gasto, luego existo.

Debito, luego existo.

Completo un captcha, luego existo.

Posesión. Usufructo. Acumulación. Adquisición.

Disfrute. Detención. Tenencia. Acopio.

Las palabras que definen estos tiempos donde vivir es acaparar.

Nada puede malir sal... Hasta
que se acaba la garantía.

Nada puede malir más salado de
lo que ya viene salando si...

Se muere la compasión
sin buenos samaritanos,
se alimenta la corrupción
si pasean de la mano
la injusticia y el poder.
Vinagre en las cicatrices,
alegría en cuentagotas,
a falta de finales felices
nos siguen vendiendo en cuotas
naciones por demoler.

Todo empezó a malirnos sal desde
que nos dijeron la dignidad o
la vida, y elegimos claudicar...

Entre tu espada y mi pared

Entre tu espada y mi pared
hay una subterránea melodía, y muchos
verbos que aún pueden ser enarbolados.

Hay marmaja, ordalías, algaradas, un respiro
gris para cuerdas vocales desmemoriadas, y la
promesa de firmarte un espejismo posfechado.

Hay un hueco disponible para el eco de los sueños
asfixiados, un frasco de monedas, un ángel escéptico
rondando el jardín y tosiendo su particular sentencia.

Hay una propuesta para deshabitar tinieblas exclusivas
en nombre de lo perfectible, y una
selfie con fiebre ladrando su monólogo desvencijado.

Hay confesiones inesperadas, que iluminan la noche
como un rayo, y un piadoso etcétera
reemplazando a una retahíla de blasfemias.

Entre tu espada y mi pared hay
una boca que esboza una sonrisa uniformada,
instantes antes de formular una mentira descalza.

Hay epifanías, cláusulas y un carruaje de
madera, hay un pero pendiente en un
insignificante sobre de color marrón oscuro.

Hay espectros que sacan a la calle una
bolsa de basura repleta de consignas que
no llegaron a desembocar en una infusión.

Hay personalidades obsesivas, primitivismo, ebriedad,
habeas corpus, un muelle, un caudal de fatigas,
y un sendero para pasos que declinan su libertad.

Hay un campo minado en un día de niebla,
donde tropiezo con mi sombra; inverosimilitudes
convincientes y una vergüenza con mala memoria.

Entre tu espada y mi pared convergen el
espesor de una caricia con un par de primitivos
corazones que todavía se peinan con gomina.

Hay efluvios de colonia barata, colmillos impacientes,
una terraza donde el agua de una
lluvia invisible se lleva los anhelos vacantes.

Hay instantáneas de humillaciones desafiladas, y
contradicciones bebidas a mordiscos desbarrancando
por una antología de argumentos incombustibles.

Hay cuatro ojos donde arde la impronta de
lo irreconocible, hay tanto condenado a desvanecerse
entre el tintineo siniestro de los epígonos ignorados.

Hay minúsculos aeroplanos que palpitan su amnesia
sísmica, y un papel con la dirección de
una arboleda donde crepitan las culpas por prorratar.

Hay historias que no caben en las fosas
nasales, hay pretéritos perfectos de traje azul
oscuro escapando de labios sofisticados y artificiales.

Entre tu espada y mi pared han
quedado una insatisfacción rasgándose por dentro, una
ingrúvida angustia y una cuestión por aclarar:

¿Todas estas lágrimas sedientas de sangre
serán eso que llaman vacío existencial?

El tiempo que no vuelve

El tiempo que no vuelve es la mentira
que bendice la fanfarronada de estar vivo,
los finales marchitan arropándonos en ira,
el gatillo del homicida poco sabe de motivos.

Los febreros bisiestos no quitan las espinas
que los años anteriores dejaron sobre el mostrador,
los tiburones sin dientes toman anfetaminas,
el mundo es el telegrama de un ladrido abrumador.

A Pinocho la mutual no le acepta más de una
semana en el viejo hospital de los muñecos,
el mar con sobredosis de sangre no tiene luna
que alumbre las heridas de un cielo hueco.

Las tardes van muriendo sin siquiera dejar
de ser princesas, un penúltimo beso garúa
cuando el invierno hace playback sin piedad,
los recuerdos reprimidos se añejan en una grúa.

Al fin de cuentas las flores más bellas del jardín
también sucumbirán por la pena alguna mañana,
la conciencia perfecciona sus renglones de aserrín,
cangrejos ambidiestros exhiben sus mandíbulas tiranas.

Los desamores paganos no autorizan a ser enterrados,
los que mueren desangrados no son compatibles
para una transfusión; y el silencio, protervo candado,
esparce como reliquias cenizas de días desaparecibles.

El llanto es un verso admonitorio, intimista y fugaz;
las caricias, milagros que huyen con el primer grito,
un alambre oxidado hiere la inspiración contumaz,
las madrugadas sin corazones pares deberían ser delito.

Las copas en bares de carretera no dictan consejos,
del gastado formato "su cintura nació para tu brazo",
entonces para qué invertir tiempo anexando bosquejos
y pintando fronteras si hoy puede ser el ocaso.

El tiempo que no vuelve es nuestro astuto occiso,
credencial mayor de un futuro que no toca bocina.
Vayamos antes que nazca oscureciendo sin aviso
a pintarle los labios de rojo a las nubes y al porvenir,
si la más perdida locura es a veces la mejor medicina,
si cada crisantemo en el fango tiene razones para vivir...

Aforismos reciclados para un martes por la tarde

El servicio secreto decidirá, primero, si el muerto merece ofrendas florales, y segundo, hasta donde es conveniente que llegue el aroma de las mismas.

Siempre habrá un alma rota
para un corazón descosido.

Incluso los días nacidos a la intemperie
son el inicio de un camino.

El paso del tiempo dispara flechas envenenadas.

Se ruega atentamente no confundir fortaleza
con incapacidad para pedir auxilio.

La historia humana parece reducirse a
las mismas tragedias con distintas fechas.

Al piso del recuerdo se lo limpia con lágrimas.

La estadística no sufre remordimientos...
Los que la diseñan tampoco.

Al sueño de unos pocos lo
financian las pesadillas de muchos.

Cuando miro a los ojos a tu
ausencia, no puedo sostenerle la mirada.

El I love you de los políticos
es un beso de Judas televisado.

La poesía es más una necesidad
de aprendizaje que de comunicación.

Cada paso que damos es un
camino que nos empieza a abandonar.

Los mansos heredarán la tierra... Y será
el terreno contiguo a algún basural.

Tenía voz de ángel y semblante
de verdugo... Era ambas cosas.

La soledad nunca es neutral. O mata o enamora.

Es incontable el volumen de
sueños que derraman los suspiros.

En la guerra incluso los momentos
de silencio dejan un eco desdichado.

La vida de los adultos se resume en
comprar lo que no hace falta y
votar al candidato que no nos representa.

Los escritores utilizamos las palabras, no para
dar a conocer algo, sino para ocultarlo.

Toda insatisfacción puede ser un patrimonio
si se la alumbra con la lámpara correcta.

Conocer las palabras suficientes no
implica saber las adecuadas.

Las reseñas de los sueños más
felices todavía no domestican pesadillas.

Cuando se rompe una copa, millones de años
fragmentados se desparraman por el suelo.

La violencia no comienza con la
acción, sino con el discurso, del
que pide autodomínio mientras golpea.

...Y sigue diciendo "no pasarán"
la pancarta pisoteada por los
mismos zapatos lustrados que patean
el futuro hacia otra dirección...

Lo peor de habituarse a la injusticia
es que la indolencia sugiere no irritarse
por temor a que suba el colesterol.

Hay días que respirar

Hay días que respirar es desacelerar expectativas y luchar contra un embrague indisciplinado, mendigar invisibilidad, sentarse en las escalinatas de las novedades inexpresivas, y no podemos hacer más que idealizar la plenitud de lo anhelado.

Hay días que somos un extravío que ha caído en el olvido, el relato de un taxista deslenguado, la íntima confesión de un comportamiento color avellana, un enorme malestar conformado por fragmentos de diversos malestares, incluso contradictorios entre sí.

Hay días sin sentido de la responsabilidad que, perdidos entre minutos y horas que no se reconcilian caemos en la cuenta que evocar vigiliass no es soñar, que el rencor es agua estancada, que la memoria es un címbalo azotado contra un yunque.

Hay días de contener la respiración y no pensar, que espiamos la vida a través de una mirilla situada por arriba de nuestras posibilidades oculares y sentimentales, que el espejo del futuro refleja solo preguntas homologadas que se dicen en voz baja.

Hay días apenas legibles en que el silencio ocasiona consecuencias dialécticas, que las explicaciones correctas se van temprano a la cama, que no queda otra opción más que especializarse en girar en torno a esperanzas de fundamento acromático.

Hay días que son sinónimos de una relectura recién terminada de vomitar, que se descubre barro en la alfombra del living justo en Navidad y diez minutos antes que lleguen los parientes, que la sangre se vuelve estímulo, aunque no convencimiento.

Hay días manipuladores, paranoicos, mezquinos, manchados, fastidiosos, sin rumbo definido, que son jueces y verdugos, sicarios de lo heroico, que se deshilachan sin reivindicaciones, con los sentidos desafinados y la rima bostezando en el ropero.

Hay días que son memoria ausente deshabitando ilusiones, colapsos caprichosos, puñaladas verbales con letra desconocida, envueltos en un silencio imposible de disfrutar, fotos que evidencian el paso de los años, pesadillas que adelantan decisiones.

Hay días para desvivir y maquinarse parques de emociones; ondulados, engraidos, interesados, acusatorios, errantes, torpes, despistados, maleducados, aturdidos, anestesiados, agendas de días chamuscados con la respiración entrecortada.

Hay días que se jactan de que siempre va a haber una humillación subsiguiente, donde un cielo límpido de cristales refleja impoluto ignorancias de sentidos, que mencionan a Parménides como quien detalla los ingredientes para preparar salsa de calamares.

Hay días arquitectos de apatías a medio olvidar y a medio vestir; que son lecciones de desconcierto por correspondencia, donde lo ganado y lo perdido tienen el mismo sabor, el café es un remolino en disidencia, las mariposas suelen envejecer.

Hay días que son luces, océanos, distancias, heridas que no secan al sol, preguntas por millones, cascabeles rellenos de amargura, furia, dudas, ignorancia, el gris arquetipo del vacío, parábolas, augurios, maldiciones, llanto pulido y sonrisa apenadas.

Hay días que son tiempo perdido, burdos, objetores y despiadados, condescendientes, desconsiderados, de conversaciones incómodas, ensamblados con espanto y carcajadas, con el ansia y la rabia acumulada por los miedos y el dolor de las decisiones incompatibles.

Días que no son más que falsificaciones de los días aptos para caricias fraternales que están a la vuelta de una historia que nos espera ya sin pandemias y venenos y con mil anécdotas para celebrar.

Pescar en las peceras

Ando como Mario, jodido y radiante, y
he aprendido, gentileza de Luis mediante, que
los pecados del tiempo son pecados mortales.

Como Antonio, no sé qué decirle
a la tristeza que habita a
ambos lados de mí mismo.

La poesía me enseñó que
cada peldaño tiene una historia
para contar, y que todos somos
extranjeros atrapados en el monólogo
de unos labios indiscretos.

Me apena que David sea de los pocos a
los que les importe que el problema ahora sea
que la jaula está en el interior del pájaro.

Sostengo, como Alberto, que un economista no
sabe qué hacer con un arcoíris ni
buscar la belleza tanteando en el silencio.

La poesía me enseñó a sembrar
joyas en medio del infierno;
aprendí a pescar en las peceras
y a mirarme en el espejo
de mis divagaciones...

Carlos advierte que la vida es
un negocio que exige garantías, y
el tiempo, un juez insobornable.

Vicente nos legó como enseñanza que
la espera de uno mismo es
simplemente otro modo de presencia.

La poesía me enseñó a imaginar
que son sílabas las estrellas de
la Constelación de Tucana, y que
siempre se está gestando la posibilidad
de encontrar nuevas formas de desilusión.

Jorge, con su tendencia a crear versos
perfectos, sostiene que la memoria es una
llaga que la mentira venda amorosamente.

Juako propone, y un servidor suscribe, que
el grito es la expresión natural de
quienes nada saben decir con las palabras.

La poesía me enseñó que en lo
diminuto también pueden alojarse
escalofríos insaciables, que el
miedo llega por correspondencia
y corta los triptongos con navaja.

Javier anota que siempre hay destinos
en oferta, que parecen como nuevos
después de una mano de pintura.

Elvira lo ha dicho con todas las letras:
Hay mujeres que son pájaros sin alas
en un cielo lleno de recuerdos.

La poesía me enseñó a sudar
egolatría, desconfiar de los gobiernos
que utilizan de paraguas a la bandera,
y alternar turbia y difusamente el
sabor de la aflicción y de la miel...

*Fuentes de las que no pienso dejar de beber (el poema
mencionado es aquel de donde extraje o adapté la frase
mencionada):*

Mario: Mario Benedetti. Viceversa.

Luis: Luis García Montero. Fotografías veladas de la lluvia.

Antonio: Antonio Orihuela. Poema sin título.

David: David Eloy Rodríguez. Marat – Sade, 1998.

Alberto: Alberto García-Teresa. Un economista.

Carlos: Carlos Salem. Erróneos, incorrectos.

Vicente: Vicente Huidobro. La poesía es un atentado celeste.

Javier: Javier Cánaves. Hermosos y malditos.

Jorge: Jorge Riechmann. Coros y danzas.

Juako: Juako Escaso. Poema 77, del libro Mañana sin amo.

Elvira: Elvira Sastre. Una cien veces.

Estafar pero bien vestido

Fantasmas

“Quizá todos somos fantasmas, pero aún no lo sabemos”, le escucho decir en Jojo Rabbit a Elsa, una adolescente judía encerrada de forma clandestina en una habitación por una mujer alemana, para protegerla de un destino fatal en la Alemania Nazi.

Y a lo mejor es tan así que no nos hemos dado cuenta. Tal vez ni asumimos que lo más humano que nos queda es una intuición largamente incomprendida, y que el resto son solo palabras sin frescura envueltas en celofán.

Descendimos de seres humanos a sujetos y lo celebramos, en el inconsciente empezó a gotear ácido sulfúrico y lo convertimos en efeméride.

Si hace rato que dejamos de darle la espalda a los creadores de necesidades y a los cronómetros despiadados. Sincerémonos: Se nos ríen en la cara, y como no entendemos nada nos reímos también para disimular.

Vendida como igualdad institucionalizaron la exclusión, y nosotros bien gracias, masticando los silbidos que se desintegran, con un eco tapándonos los ojos y una diaria aproximación a aquello que podemos llamar supervivencia, remando hacia el acantilado.

Porque nadie va a vernos levantar un dedo para expresar algún atisbo de disidencia cuando la autoridad solo permite gases lacrimógenos como medio de pago.

Si en la intemporal sobremesa de las costumbres nerviosas y repetitivas la hegemonía ideológica alimenta sus vínculos clientelares aprovechando el tiempo que malgastamos escalando la retórica nativa de una cura indolora que nunca fue tal.

Diseñamos nuestra curva descendente con sorprendente rapidez, mientras vamos descartando minutos conversando de bueyes perdidos, en un calabozo microscópico que nada sabe de epopeyas en alpargatas y complejos sin cauterizar.

Cuando el pretexto es el consejo de la costumbre, se encumbra el crónico y desesperante síndrome de que penal y puñal den lo mismo.

El hedonismo ha comenzado a asemejarse a una especie de homicidio, y es urgente plantear quién va a realizar una antropometría al futuro cuando sea un pasado con el cráneo pisoteado y trasluciendo sus heridas.

Hoy un peinado es más importante que un concepto,
desde que todos disponemos de una colección de
espantos que iluminan sonrisas sin argumentos, desde
que el grito de los cautivos rueda pendiente abajo y la
estrella de los vencidos se convirtió en constelación.

Porque si la posteridad depende de la sabiduría
que acaparemos como especie, declarémonos ya
mismo como artífices de nuestra autodestrucción.

Cansados de ser y padecer, con muecas neurasténicas
y la blanquísima piel de una inestabilidad que brilla
más que el entusiasmo, girando en la órbita del tiempo
que se acostumbra desperdiciar, ¿Cuándo dejaremos
de parodiar los vestigios de derrotas verificadas?

Sería conveniente en grado sumo tratar de
seducir la primavera que viaja en nuestra
sangre, que se encuentren nuestras huellas digitales
en la escena del crimen de la miserable
rutina, taladrar los muros de las fronteras.

Habrá que hacerse cargo del derecho inalienable
de vivir como mejor nos salga esta
vida de puntos cardinales a la deriva...

Un perpetuo soñador

«Bella dama, no puedo expresar con palabras
el efecto que el contacto con su añoranza tiene en mí...

Pero inclusive en el más obtuso de los rincones
de mi cuerpo, es mi espíritu el que susurra
con astronómica eficacia que su apariencia es la mejor
medicina para alejarme de los terrores del mundo.

Hace tiempo he descartado ocupar mis horas
en asuntos ordinarios que me alejen de mi
objetivo de demostrar la rectitud de mi
interés en su munificente humanidad.

Vuestra pureza es la fuerza que mueve
al mundo, que altera el clima
y genera descargas de eléctrica sencillez
en los indiferentes a la vida.

Resulta una verdadera carga para mi existencia
no lograr más a menudo extraer vigor
de plenitud de su mirada, cuando
deja en suspenso a todas mis perturbaciones.

Soy un hombre de palabra, y planeo
en consecuencia no limitarme a llevarle regalos
y murmurar promesas, ni cometer el injustificable
error de consagrarme a contemplaciones mundanas.

Me acuso gravemente de no ser nada
más que un perro cuyo olfato rastrea
mariposas, cortejos nupciales y caudales de
resplandores que orientan a los ciegos de sentidos.

Las exageraciones de las aves carroñeras lejos
están de asimilar que el suspenso es
un heraldo que me enmudece cada vez
que en el aire advierto su presencia.

Es absolutamente necesaria para el sostenimiento de
mi vida. Por ello prefiero desentenderme de
las elucubraciones que señalan que quizá sea en
lo cotidiano diferente a como la figuro.

Mi única certeza es el infortunio que ocasiona
en mi contumaz interior la destemplanza de
su lejanía. Así es como ha llegado a
mi vida la terrible novedad de lo doliente.

Voy a finalizar esta carta, regida por
la pesadilla de un futuro inconcebible, engendrador
de estremecimientos, si su angelical timidez no
se deja alcanzar por mi esperanzada sensibilidad.

Sé bien los tumultuosos argumentos que
sus labios, gloriosa extracción de lo perfecto,
habrán de argüir en contra de mis
temblorosas, pero a su vez, claras intenciones.

Y estoy de acuerdo por anticipado con cada una de esas evidencias para rechazar cualquier acercamiento de mi persona a la suya, pero permítame ejercer mi derecho a réplica antes que formule la acusación.

Es verdad que he dejado encinta a sus tres hermanas mayores, pero juro por la última sombra de expectativa que acompaña la estrechez de mi camino que es a usted y solo a usted a quien siempre he amado.

Palabra de un hombre que tirita asumiendo que se equivocó una vez, olvidó el error, fue presa de la confusión, prometió no tropezar en el transcurso de la semana y recién al mes, se ejercitó en el arte de fallar.

Si es la persona que creo, no negará que todo caballero merece una cuarta oportunidad en la vida. Porque si un alma no merece ser perdonada tres veces el género humano se está condenando a su propia destrucción.

Honradamente suyo, un perpetuo soñador».

Quando los días

Quando los días son el vómito en el que se malvive,
cuando desde el subsuelo se ve la guerra,
la felicidad es una postal que ya no se recibe
y se torna insano habitar el planeta Tierra.

Quando los días son evangelios de la crisis,
la especialidad de la casa es desangrarse
por dentro, las banderas enferman de tisis;
y urge correr descalzos para reagruparse.

Quando los días conspiran con la hipocresía,
cuando respiramos en la jaula de lo caótico,
cuando se monta el escenario para la cacería,
cuando volamos con alas de antibióticos.

Quando la memoria tiene espinas en el zapato,
cuando desentona el que empuña su honestidad,
cuando la muerte ratifica no perder el olfato,
cuando por las malas se oculta la impunidad.

Quando un comercial ordena para donde correr,
cuando el pulso de las calles nos vuelve solitarios,
cuando se hacen malabares con el fuego del poder,
cuando olvidamos a la estrella de Belén en el armario.

Cuando se habla más de catástrofes que de amor
y compramos todos los espejos de colores,
cuando como rebaño votamos optando por lo peor,
cuando la llovizna no destiñe los temores.

Cuando mirar para adelante provoca espanto,
cuando el presente es cuanto menos desolador,
cuando los archivos solo recuerdan el desencanto,
cuando la semana depende del acierto del goleador.

Cuando los días son gangrenas de lo obscuro,
y el pájaro en la mano es el más cruel de la bandada,
cuando se combate a la desdicha con veneno,
cuando el idealismo infatigable anuncia su retirada.

Cuando tener agallas es un lujo en decadencia
y las estrellas fugaces ponen precio a los deseos,
cuando deambulamos sobre alfombras de indiferencia
y somos luciérnagas errantes en medio del bombardeo.

Cuando los días arrugan el humano sentimiento,
cuando ser uno mismo es un pecado clandestino,
cuando estamos en la tierra solo para pagar impuestos,
cuando somos eruditos en brindar dentro del remolino.

Cuando el plato roto lo paga quien nada tiene,
cuando el sindicalista se enriquece a costilla
del peón, no hay vacunas ni rosarios, quién previene
al pueblo adormecido de la eterna pesadilla.

Cuando Santa Claus paga el rescate por sus renos,
cuando la madrugada del raciocinio justifica el mal,
cuando consideramos que es un banquete ameno
esta penosa tertulia de migas de longitud inhabitual.

Cuando los estímulos ridículos son el punto de partida,
la vida huérfana se transforma en una herida...

El universo de los posibles imposibles

En el universo de los posibles imposibles hay una tabla periódica con cicatrices paulatinas, toscos principiantes a la hora de acomodar la seriedad en rústicas estanterías multiplicando la coreografía de etcéteras.

Mochileros quemados por el sol que buscan respuestas concretas en una larga secuencia de engorrosas inconsistencias, y predominio claro de descuidos impresos en una tipografía demasiado pequeña.

Hay ritmo de salsa y autodisciplina en el universo de los posibles imposibles, hay ciudadanos bajo los efectos de una novocaína generalizada y de vieja data, que cuentan las alas de una estrofa sin persianas.

Hay banderas a media rasta y ciertos días que parecen un error de impresión, hay un fiscal impugnando votos en la urna del tiempo; hay un olvido imponiendo fronteras, tiempos, adagios y desinencias.

Hay un camión que transporta gaseosas estacionado en doble fila orinado por perros que no fueron vacunados contra la rabia de sus dueños, hay un cartel apenas iluminado bostezando en medio del paisaje urbano.

Hay sombreros amotinados y un abrazo cabizbajo en la trastienda de los planes incómodos, hay faltos de propósitos que se limitan a gozar de su íntimo abatimiento, miradas ceremoniosamente alicaídas.

Hay epifanías de la mala educación perfectamente anudadas descendiendo de sus autos importados, con sus trajes impecables, mascando chicle y con un libro de Ramiro Pinilla bajo el brazo.

Hay estadistas despojándose de hogueras y estribillos, hay pronóstico de lluvia de amapolas en el valle de los caídos, un invierno que trae a cuevas secretos que se derraman en forma de quejumbre en la oscuridad.

Hay un anhelo de pretensiones faraónicas levantando de cara al sol su pirámide de groserías deshidratadas, fragmentos contiguos de lineamientos teóricos, hay un susurro distraído en una copa de plateadas antipatías.

Hay una librería de ejemplares borrachos que dormitan en otros idiomas, hay estirpes de babuinos a bordo de balandras sin mapa de navegación, hay cascarrabias con navaja por sonrisa y vergüenza con goteras.

Hay un neurocirujano insultando un parabrisas, hay un sarcasmo de piernas quebradas dibujado en la pizarra de la noche, hay un oscuro subsuelo donde nunca pudo llegar el eco de las palabras mágicas.

Hay un viento que arrima propuestas deshonestas con
jerárquica violencia, una sombra que se marchita,
depredadores de lo irrompible, hay un copiloto del
disparate legando al futuro puñetazos sin nombre.

Hay peinadores de mejillas y monosílabos, jinetes de
lo consumado, académicos de la arruga desordenada,
transparentes ventanas de osadía, hay un dedo
que señala a los demás exorcizando culpas propias.

En el universo de los posibles imposibles
vienen tan batidas las noticias que la borra
del café es una fuente más creíble,
hay mesas servidas... Servidas de intereses impagables.

Hay un domingo de madrugada bromista y enajenado,
hay una torre de ajedrez que se cree alfil, un sol que
duda o espía, hay un péndulo para los afectos que
muchas veces es caricia y otras tantas bofetada.

Hay metonimia y esnobismo, hay individualidades
aisladas plenamente satisfechas de su destierro
voluntario conformándose con tener relucientes las
escaleras que tan solo la rutina ha de pisar.

A esta altura de la vida

A esta altura de la vida es un lujo no andar jerarquizando discusiones que no ameritan ni un femtosegundo de tiempo, cada arruga es una verdad, solo que contada de otra manera.

Humildemente nos atrevemos a pedir que si el porvenir ha de injuriarnos, lo haga al menos con la sintaxis adecuada, y nos enseñe a distinguir de lejos a los que acostumbran magullar para no ser heridos.

Se pasa de largo y sin frenos de los faraones que se suben al techo de sus preguntas metafísicas, de las transgresiones maniobrables y las melodías de salidas de emergencia y escritorios sin estrellas.

A esta altura de la vida el insomnio sabe ser un recuerdo atragantado, que no aprendió cómo sugerir que las ilusiones que activan el sistema nervioso central son ilusiones nada más.

Los minutos, más que pasar, tintinean con heterogénea y caprichosa autoridad. Son los mismos que incluso agonizando se mofan de la tendencia de congraciarnos con las ampollas de nuestra alquiladiza estupidez.

Son frecuentes los momentos que nos encuentran
alérgicos a posibles alianzas con cualquier forma
de entusiasmo, días que, con encandilada reverencia
extraen un invierno tendencioso del monedero.

Permanecen los amigos justos, aquellos que han
demostrado un talento especial para encubrir nuestros
miedos en tiempos de guerra y ayudarnos
a comprobar la viabilidad de los despropósitos.

Nos reconstruimos con partes incompletas, rogando
que nuestra biografía no la escriba un autor
novel. A veces nos sentimos tan pequeños que
apenas nos creemos capaces de escalar una baldosa.

A esta altura de la vida se van
fortaleciendo los terremotos de cosecha propia,
después de haber comprobado que las preguntas
arrojadas al aire caen luego en forma de bofetón.

Desde que la liebre persigue al tigre tenemos
claro que no siempre los cauces normales son
constructivos, y que no queremos ver ni en figurita
a los que dominan la hipocresía a la perfección.

Maquillamos decenios de males menores, rompemos
la galleta de la suerte con un rifle
de aire comprimido, con la insensatez onomatopéyica
de pretender domar relojes susceptibles.

Van quedando en el camino lagrimones que atrasan
la llegada de la primavera; y cuando se arrima
la felicidad, se tachan de apuro los renglones
escritos anteayer sobre la caducidad de lo imposible.

A esta altura de la vida son más
las reglas que las excepciones, peinar canas no
es una presunción, y entre las causas y
los efectos ya no media tanto misterio residual.

Las papilas gustativas con caprichos hereditarios
deshacen el equipaje de su vehemente filosofía, se
fundan con algarabía y beligerancia acorazada
reproches sin rumbo como oportunidades pedagógicas.

A esta altura de la vida ya está claro que madurez es
algo más que ejercitar un par de responsabilidades
temblorosas, y nunca falta una copa adicional de
estremecimiento cuando las excusas son perfectas.

Nada es tan memorable ni tan deplorable. Sacudirse los
hombros es limpiar un desorden planetario. Saberse
débil es ser fuerte, y cada amanecer sigue siendo un
mapa de autopistas, solo que muchas están bacheadas.

A esta altura de la vida se firma el empate con
tal de no ser el borrador de un dibujante de tebeos...

Haikus para meditar bailando bajo la lluvia

1

Se desperezan
las palabras que flotan
en lo invisible.

2

Prefería no
vaciar de dolor por
no quedar solo.

3

Quiso ser tiempo.
Luego solo fue dolor.
Nunca fue nada.

4

Entre vos y yo
tres puntos suspensivos
se visten de adiós.

5

El sol, memoria
fútil, fotografía
lo que no vemos.

6

Hago cálculos.
Transpiro. Rezo. Sueño.
Me vuelvo humano.

7

De vez en cuando
conviene remojar los
pies en quimeras.

8

Los profetas de
hoy venden sus augurios
al mejor postor.

9

Siempre queda un
invierno esperando a
quien apuñalar.

10

Una hoja seca
cae. Afuera es otoño.
Adentro es jamás.

11

El eco suele
ser eficiente. Siempre
cumple su misión.

59

12

De cielo o barro
nace el olvido, copia
fiel del silencio.

13

Advertencia: No
tomes mis silencios al
pie de la letra.

14

No se hace solo
camino al andar: También
cuando se llora.

15

Revolotear
sobre un parpadeo y
soñar insomnios.

16

El menor de los
males tiene sabor a
consuelo a medias.

17

Mientras respiro
navegan mar adentro
los sueños rotos.

60

18

Hay días en que
piensas no pasa nada,
solo tu vida.

19

El pasado es
un auto que se aleja
perdiendo aceite.

20

Respirar es un
lujo equiparable a
sentirse feliz.

21

¿Y si esto es solo
el prólogo que anuncia
a la tempestad?

22

Hay voces que están
llenas de cicatrices
irreversibles.

23

Atardeceres
que parecen anuncios
del fin del mundo.

61

24

Crujen pisadas
sin saber dejar huellas,
ni amar, ni soñar.

25

Entre lo visto
y lo olvidado ronca
nuestra memoria.

26

Lo irremisible
quedó de pronto preso
en el espejo.

27

¿Para qué sirve
lo imposible? Para no
dejar de intentar.

Beber

Beber el ansia de las flechas exhaustas. Subastar la bandada de incomprensibles gaviotas que surcan la sucia piel de las pesadillas. Aprender de la victoria de los enemigos, celebrar ser huésped de la frustración.

Escanciar el sincretismo y la paranoia. Sobrevivir en lo ocre, desligarse de lo azul. Multiplicar madrugadas torpes. Dejar una tristeza sencilla grabada en las paredes de un invierno de tranvías perdidos.

Consumir reflexiones como si de electricidad se tratara. Encender pigmentos. Enhebrar ciudades. Estafar pero bien vestido. Reservar la niebla para la elite de las estatuas miserables. Malvender al que ensalza la ironía.

Absorber los tibios aplausos para el imitador de lo abominable. Adentrarse en sofismas cabizbajos. Prometer pantanos. Obsequiar plazas subastadas. Despreciar las dinastías de neutrales.

Paladear astucias paulatinas. Estremecer al severo y al silencioso, al serio y al licencioso. Fabricar un universo de espinas manuscritas. Saquear un jardín de orquídeas adormecidas. Abrazar una bacinada inexpugnable.

Combatir sin tregua contra aristas posesivas. Ignorar las burbujas de lo obsceno. Ser y no ser al mismo tiempo y por el mismo precio. Colgarse enigmas a falta de medallas. Armarse de osadía para escalar el infortunio.

Añadir un zapping de caricias. Incorporar sollozos con sabor a mermelada. Verter los ridículos movimientos del tiempo deslizándose. Amortizar todas las penitencias. Practicar lo contrario del derrotismo.

Repensar los cantos de sirena que saben a melopea desafinada. Mudarse al laboratorio de un científico demente que tiene una tarántula como mascota. Desandar huellas con pasos pirotécnicos.

Calibrar anécdotas rancias. Dibujar perros invisibles. Cobrar por ventanilla un optimismo fallido. Prestar un taburete al destino equivocado. Ceñirse a una trilogía de arrugas perfectas. Vacunarse contra la deslealtad.

Distinguir lo esencial de lo accidental. Poner sobre una bandeja las pesadillas de doble llave. Salir a la calle a despejarse del ego. Ser un turista desmemoriado. Aislar de cada día los insípidos minutos de autocomplacencia.

Parafrasear pactos de mutuo olvido. Contar los surcos a la frente de la luna. Eyectarse de la cápsula del yo al menos por un rato. Apreciar mejor los problemas y despreciar mejor a quien corresponda.

Usar de tintero los sentimientos. Declamar acerca del
análisis bioquímico del espermatozoide de un león.
Consensuar todas las angustias que se quiebran debajo
de una certidumbre. Arribar al fondo de un pellizco.

Conjugar efervescencia, aunque tiemble la mandíbula.
Dejar descansar argumentos dentro de una copa de
vino. Balbucir una síntesis medianamente infiel de
aquel tiempo en que la libertad se compraba sin receta.

Tamizar la convocatoria a un enojo capicúa.
Correr el velo de las inconsciencias ancestrales.
Asfaltar lo misterioso. Decir una palabra que
valga por las tantas que se han callado.

Beber, que es un sorbo la vida
prohibido a menores de dieciocho engaños.

Porque a veces desvanecerse también
es permitirse el lujo de desposeer.

Fin de tan extraño poema.

Manantial de milagros

En un mundo cubierto por agua en un 70 %, todo es un mar de incertidumbre.

La del chiquillo que espera el obsequio de los Reyes Magos, la del anciano que no recuerda qué almorzó, y si almorzó.

La del político que aguarda, a una semana de las elecciones, entre sudores y risas forzadas que intentan disimular que está al borde del colapso, los resultados de las últimas encuestas de intención de voto.

La del nadador, otrora invencible, que comienza a ver cómo sus tiempos de competición ya no son lo que supieron ser en el fulgurante esplendor de un par de años atrás.

La del empleado de la pizzería del segundo piso del shopping a punto de retirar de la caja un dinero que no le pertenece.
La del director técnico del equipo de fútbol, en la cuerda floja por su cuarta derrota consecutiva.

La del viajante de cincuenta y nueve años que presta sus servicios a una empresa a punto de dar quiebra y se pregunta, releyendo su pesar, si a su edad será posible obtener otro trabajo.

La de aquella cirujana que va a ingresar al quirófano a cumplir con su vocación doce minutos después de confirmar que su esposo le está siendo infiel hace tiempo. La de aquellas manos que acarician la anhelante silueta del anochecer y sus incógnitas.

Comencé a escribir esto el 17 de marzo de 2020, y lo retomé, con el correspondiente exceso de fuegos de artificio en un desesperanzado callejón, a mediados de abril de 2021, con la pandemia aún en el horizonte humano.

Sabrán perdonar este pleonasma de vanidades, pero puedo jactarme a viva voz de hacer gala de certezas. Vengo a hablarles de una reina con la que es tanto lo compartido, lo vivido y proyectado que no cabe en la estrechez de las palabras.

La certeza de que destierra cualquier tristeza con el viento de su aliento. La certeza de que al cerrar los ojos solo veo su sonrisa, y que al abrirlos, ella es más maravillosa que como yo la recordaba. Certeza de que a su lado es imposible aburrirse o estar triste.

La certeza de que no me importaría
romper cada cronómetro del universo que quiera
marcarle un límite a su abrazo. La certeza
de que rimo mejor con su susurro
depositado en la cuenta corriente de mi oído.

La certeza de que aunque sea muy
poco lo que brille en estas calles
tercermundistas va a transformar mis mordiscos en
besos, con la sinfonía de su boca
sobrevolando los nacientes verbos de mi corazón.

Y si mis besos nacen torcidos, los endereza;
si se vuelven impacientes, extrae la dosis
precisa de su manantial de milagros y
los transforma en la más bella historia
de amor que puedo untar con adjetivos.

Sabrán disculpar la ostentación, vacilantes de estos
tiempos sospechosos, solo quise proclamar con
suspiros que tengo la mujer más hermosa del planeta.

Compatriotamente

Una nueva mañana, que es un
simple etcétera en una ciudad de
obreros, funcionarios y perífrasis de ocasión.
Los cuerpos salen a la calle, con su embalaje
de tristezas personalizadas e inconfundibles.

Los ojos enfermos de un martes que
suda hielo los observa, con sus corazones
de piedra: Verdugos, mendigos; estropajos de
experiencias arcaicas en incesante conflicto.

Ya no se reconocen frente al espejo...
Enmudecen, se intuyen fugitivos del canto,
de las penas, de los cuentos.

Anuncios multicolores exaltan una imperdible
liquidación de sarcasmos aromáticos. El
consumismo es una lista de
compra arrugada con la que hay
que cumplir por mandato mezquino.

Los medios masivos de comunicación
continúan dogmáticamente empeñados en
degradar hasta el último subsuelo de la
chabacanería moral a este bendito país.

Vacilantes sombras de harina dan vida a los
pasos de peatones que conforman la sudorosa
espalda de una república de esperanza rapada.

Las manos de hogueras compartidas recuerdan
una vez cada media hora que el tobogán de
los atavismos es un salvoconducto mentiroso.

El progreso ha firmado un acuerdo con la
barbarie, y ser loco parece ser lo único razonable.

Compatriotamente desfraternizados; cabos
suelos, auspiciados por antidepressivos,
negociando con la superstición de turno,
surfeando en un bravo mar de chapas onduladas.

Se siente en las entrañas del presente
la violenta espada de las adicciones
quebrantando a una nueva generación.

¿Qué obtenemos a cambio de dar lo mejor
de nosotros mismos, sino lo peor de
esta Argentina familiarizada con su Vía Crucis
sistemático? Jugamos a elegir lo que duele menos,
mientras aprendemos a vivir estando muertos.

El antepenúltimo clamor de los trabajadores
de este rebaño con pretensiones de nación
es que su vida valga al menos
la mitad que la de un delincuente.

Reventando los tímpanos del prójimo con
canciones de nulo contenido poético, escondiendo el
pasado en algún estante de toallas rotas.

Hasta los escafoides sienten el peso de la
fatiga de los días interminables, y las venas
de las calles del suburbio maquinan otra abanación
autoinducida, ¿Como se dice basta con la
boca muda por tanto gritar dudas encriptadas?

Ciervos de tristes dientes pastando avaricia, ciudadanos
atontados, cansados de buscar prolegómenos para
lo urgente; caudillos cada vez más
lejos del ciudadano, dirimiendo intereses anacrónicos.

El alfabeto de la luz oscurece más temprano, negando
que la distraída uña de la pereza se ha
clavado en el hombro de mi imperturbable patria.

Relinchan los boxeadores que entrenan en los
pantanos, cobra vida una cariátide solo para
experimentar la liturgia de arrojar una piedra
al mar. Una conspiración de peticiones mal
deletreadas se despereza dentro de un lavarropas.

Compatriotamente chisporroteados, en la llamada
ceremonial de la desconfianza, islotes mirando
el futuro con los ojos cerrados, retornando
a la barbarie de la que nunca salimos.

Desgarradas las mejillas de un cuaderno
bombardeado; palabras tiernas, fugitivas de
bocas castigadas, lloran en un rincón.

Siempre dando por sentado que unos vasos
de cerveza van a curarnos por un rato
las heridas, mientras que los elegidos
por el desanimado voto popular toman decisiones
que nuevamente nos empujan cerca del ocaso,
y ya no existe la paz, ni siquiera en los retratos
del pasado, sólo persiste ambulante y compungido
el oscuro silencio que precede a las explosiones.

El último despojo

A las lenguas encadenadas, a las caricias
que solo encuentran higrometría,
a las partículas de un fuego
que no se resigna a ser ceniza,
a los que se arrepienten sin
pudores de decisiones ajenas.

A las ciudades que arrojan secretos a
través de ventanas mal cerradas,
a los ejecutivos que se aferran a
los barrotes de un currículum,
a la caligrafía con sobredosis de antibióticos
que se oculta detrás de los grafittis.

A los que se duermen con ojos de asesinos
y despiertan con nudillos de patriarca,
a los perros que enseñan a
mentir ladrando esquizofrenia,
a la tinta que transforma
las heridas en medallas.

A las generaciones de venas impacientes,
a los que adornan su soledad
con lo último en tecnología,
a los que llevan una estadística
diaria del número de veces
que escupen en el suelo.

A los dedos sin identidad que
labran su futuro como pueden,
a los que construyen jaulas de carbón
y visten sus promesas de amenazas,
a los que lloran de alegría
en caracteres cuneiformes.

A los que buscan vida en las
entrañas de las estatuas de las plazas,
a los corazones negros que habitan
en cuerpos de huesos grises,
a los diccionarios repletos de silencios,
a los príncipes con palacios edificados sobre arbustos.

A los que luchan por besar con las palabras
la belleza inadvertida de los días,
al insomnio en los aeropuertos, a las playas
donde desfilan duendes hambrientos,
a los que fuman su dolor
en cantidades industriales.

A los encargados de determinar
el canon de lo indefendible,
a los que anhelan adueñarse
de una gota de lluvia,
a los que ya descubrieron
que detrás del infinito está la vida.

A la inadvertida oratoria de la escarcha,
a los que rasuran su obituario y se limpian
la nariz con un mantel al lado del guardarropas,
a la gota de sudor con nitroglicerina
de los ambiciosos, a los que alardean
de su eclipse de zalemas desgastadas.

A los que se resguardan de las expectativas
atándose de manos y pies al vacío, a
los que no van a buscar cómplices a
la hora de hallar sentido a los
arañazos, a los que cuentan las gotas de
la llovizna lagrimeando con la melancolía entrecerrada.

Yo le escribo a lo menos importante,
a lo baladí, lo fútil, lo insustancial,
Yo le escribo a lo espantosamente inapreciable,
a lo menudo, a lo exiguo, a lo pequeño.

(Lo que queda después de cercenado
el último despojo, eso es mi poesía).

Dedico éstos versos atolondrados
a los que cantan con la boca llena
la canción de los derrotados.

ÍNDICE

Vientos de primera edición

Poesía innecesaria-----	7
Nos hundimos-----	10
¡Despertemos!-----	13
Madame Caprichitos-----	16
Nada puede malir sal-----	20
Entre tu espada y mi pared-----	24
El tiempo que no vuelve-----	27
Aforismos reciclados para un martes por la tarde-----	29
Hay días que respirar-----	35
Pescar en las peceras-----	38

Estafar pero bien vestido

Fantasmas-----	43
Un perpetuo soñador-----	46
Cuando los días-----	49
El universo de los posibles imposibles-----	52
A esta altura de la vida-----	55
Haikus para meditar bailando bajo la lluvia-----	58
Beber-----	63
Manantial de milagros-----	66
Compatriotamente-----	69
El último despojo-----	73

